

NARRATIVAS SOMÁTICAS Y CAMBIO SOCIAL: NOTAS PARA EL CUADRO VENEZOLANO

Luis Duno-Gottberg
Rice University
ld4@rice.edu

Narrativa somática: relatos de un malestar

Un imaginario que circula con sorprendente coherencia en los discursos culturales venezolanos contemporáneos parece responder a la ansiedad generalizada frente a los reordenamientos socio-políticos acaecidos en las últimas décadas en el país¹. Dentro de la diversidad de representaciones que lo integran, y que dan cuenta de la crisis, dos imágenes parecen privilegiadas: los desastres naturales y la enfermedad. Estas notas se concentran en el segundo de estos temas a fin de explorar la imagen recurrente de un cuerpo (nacional) enfermo en los discursos mediáticos venezolanos. Una versión más extensa de este artículo incluye la revisión detallada de ambos temas en la narrativa venezolana reciente.

Como ha de suponerse, el recurso narrativo de lo “somático” no es nuevo ni exclusivo de la coyuntura que se ha generado en Venezuela a partir del fenómeno de la Revolución Bolivariana. Se trata más bien de una respuesta ampliamente difundida frente al cambio social y se evidencia en un amplio repertorio de la literatura occidental. En el caso del siglo diecinueve latinoamericano,

La ansiedad frente a los reordenamientos socio-políticos acaecidos en las últimas décadas en Venezuela ha generado una serie de discursos culturales anclados en la imagen de un cuerpo (nacional) enfermo. Este ensayo indaga en la proliferación de tales discursos en los medios nacionales de comunicación. Parto de postulados hobbesianos, respondiendo a la impresión de que el discurso político venezolano se encuentra atrapado en una episteme similar; incapaz de dar con la palabra exacta que nombre las transformaciones. Organizo la discusión a partir de un contrapunto entre las valoraciones de la Revolución Francesa expresadas por Honoré de Balzac y Víctor Hugo, a fin de asentar dos modelos

Recibido: 5 de enero de 2010

Aceptado: 18 de febrero de 2010

Gabriela Nouzelles (1997; 2000) ha discutido las llamadas “ficciones somáticas” o “ficciones paranoicas”, identificando las diversas ansiedades que acompañan al proceso de modernización en Argentina y los discursos novelescos que las expresan. Si opto aquí por la noción de “narrativa” en lugar de “ficción”, es para aludir a un sentido amplio que trasciende lo literario y que apunta a múltiples relatos que ordenan la realidad en términos de un síntoma: el texto periodístico, la arenga política y la caricatura acompañan también a la novela, constituyéndose en referencias subjetivas de un estado que se reconoce como anómalo.

Suspendo momentáneamente la idea de “ficción” para sugerir también que la experiencia del síntoma es tan real como la narrativa que lo expresa. El síntoma es un signo para aquellos que apuestan a una “descripción gruesa” de la cultura². Pienso así en una serie de manifestaciones culturales que responden a los escozores de la cultura hegemónica en una circunstancia de transformación social y política. Pienso en el guión de un cuerpo social que pugna por entender realidades que *se le presentan como* amenazas a un orden particular.

Antes de discutir las representaciones de una determinada percepción de la crisis contemporánea venezolana, antes de explorar un cuerpo textual que codifica el malestar, dibujaré un cuadro amplio, aunque no exhaustivo, que establece la persistencia del imaginario cultural de lo patológico en relación a las transformaciones socio-políticas. En primer lugar, recuerdo algunos hitos de la teoría política moderna en relación al cuerpo social y al cuerpo biológico, en circunstancias de cambio radical. Hago un énfasis particular en los postulados hobbesianos,

que podrían resonar, a grandes rasgos y con la distancia del caso, en el “cuadro” que nos ocupa. Concluyo con una reflexión sobre las interpretaciones de los procesos ideológicos como procesos infecciosos y de contagio. Este recorrido pone en perspectiva las “narrativas somáticas de la cultura venezolana contemporánea”, disipando cualquier sospecha sobre su carácter excepcional.

Palabras clave: literatura, enfermedad y política, patología y cultura, populismo, revolución y patología, pensamiento conservador y patología, Venezuela, chavismo.

Somatic Narratives and Social Change: Notes for the Venezuelan Case.

The anxiety generated by the social and political turn-around that have taken place in Venezuela in the last decades, has generated a series of cultural discourses articulated by the image of a sick (national) body. This paper explores the proliferation of such discourse in the national

respondiendo a la impresión de que el discurso político venezolano se encuentra atrapado en una episteme similar; incapaz de dar con la palabra exacta para nombrar las transformaciones ocurridas en las dos últimas décadas. Incluyo además un breve comentario (o provocación) sobre Honoré de Balzac y Víctor Hugo, a fin de asentar dos modelos que podrían resonar, a grandes rasgos y con la distancia del caso, en el “cuadro” que nos ocupa: el *Ancien Régime* frente a la Revolución; ¿dónde situar la enfermedad y dónde el estado de salud? En segundo lugar, reviso teorizaciones latinoamericanas que abordan el vínculo entre el discurso médico y los discursos literarios, sin ahondar en lo que me ocupa en otro trabajo más extenso. Prosigo entonces con una breve reflexión sobre las interpretaciones de los procesos ideológicos como procesos infecciosos para adentrarme, finalmente, en un comentario sobre el caso venezolano. Este recorrido pone en perspectiva las narrativas somáticas de la cultura venezolana contemporánea, disipando cualquier sospecha sobre su carácter excepcional.

Cuerpo revolucionado, ¿cuerpo enfermo?

Los imaginarios del cuerpo biológico y del cuerpo social han estado vinculados desde la antigüedad greco-romana, hallan luego acogida en el discurso del primer cristianismo y derivan, en la Edad Media, en una clara reflexión sobre el Estado (Barkan, 1975; Turner, 2003; Schatzki y Natter, 1999)³. Sin embargo, es a partir del *Leviatán* (1651) de Hobbes que esta relación aparece claramente unida a la teoría política moderna, mediante una noción de “soberanía” que se constituye y legitima mediante el cuerpo

mass media.

I depart from Hobbesian postulates, suggesting that Venezuela’s political discourse is trapped in a similar episteme, in its inability to find the right language to name these changes. The discussion is then organized around a counterpoint between Honoré de Balzac’s and Víctor Hugo’s judgment of the French Revolution, suggesting that beyond the obvious differences and due distance, Venezuela’s case might find some resonances in the paradigms embraced by these writers. I conclude with a reflection on the interpretations of ideological processes as infectious and contagious processes. This reflection debunks any illusion about the exceptionality of the “somatic narratives of contemporary Venezuela”.

Key words: Literature, Disease and Politics, Pathology and Culture, Populism, Revolution and Pathology, Conservative Thought and Pathology, Venezuela, Chavismo.

abarcador del “Leviatan” (figura del Rey que asimila la Multitud). La metáfora organicista que sostiene este argumento establece que el poder del monarca funciona como un “cuerpo político” que mimetiza el cuerpo humano y que, cuando “la salud” impera, así también imperan la paz y el orden. Si, por el contrario, el sistema u organismo resulta perturbado o violentado, lo social entra en una coyuntura que el filósofo inglés describió, en numerosas ocasiones, como “enfermedad”.

[E]se gran *Leviatán* que llamamos *república o Estado* [...] que no es sino un hombre artificial, aunque de mayor estatura y robustez que el natural para cuya protección y defensa fue instituido; y en el cual *la soberanía* es un alma artificial que da vida y movimiento al cuerpo entero; los *magistrados* y otros *funcionarios* de la judicatura y ejecución, nexos artificiales; la *recompensa* y el *castigo* [...] son los *nervios* que hacen lo mismo en el cuerpo natural; la *riqueza* y la *abundancia* de todos los miembros particulares constituyen su potencia; la *salus populi* [...] son sus negocios; los *consejeros*, que informan sobre cuantas cosas precisa conocer, son la *memoria*; la *equidad* y las *leyes*, una *razón* y una *voluntad* artificiales; la *concordia*, es la *salud*; la *sedición*, la *enfermedad*; la *guerra civil*, la *muerte* (Hobbes, 2001: 3).

En esta tradición, que interpreta la esfera social en términos antropomórficos, se inscribe la tendencia a traducir la ansiedad política y cultural en imágenes de un cuerpo enfermo: las perturbaciones del organismo social se conciben entonces como patologías. En el caso hobbesiano, la crisis del Estado y la guerra surgen de contagios o procesos disfuncionales (ya sean excesos o deficiencias) en un tejido social⁴. Cabe recordar que el *Leviatán* coincidió con los años de la Guerra Civil (1641-1651) y, en términos más amplios, con el fenómeno extendido de la Revolución Inglesa (1641-1689), cuando el parlamento derrocó y ordenó decapitar a Carlos I. Como habría de esperarse, el diagnóstico del conflicto social y su desenlace estuvo dividido: para los revolucionarios de Cromwell, el regicidio fue la amputación necesaria de un miembro disfuncional de la totalidad del cuerpo político (“*the gluttonous head*” del tirano (Healy, 2001)); mientras que para los realistas fue el resultado de una enfermedad generada por “el veneno revolucionario [...] que circulaba en las venas de una gran parte de la nación inglesa” (Guizot, 1846: 47). Unos y

otros coinciden, sin embargo, en el imaginario de la enfermedad y del contagio.

La Revolución Francesa fue otro acontecimiento de transformaciones radicales, experimentado como proceso de cuadros patológicos. Para algunos, la enfermedad yacía en el *ancien régime*; para otros, surgía de la violencia revolucionaria⁵. La novela *Los miserables* (1862), por ejemplo, puso en escena la pobreza abyecta, las barricadas que prometían combatirla, y la epidemia de cólera que, acompañando la virulencia social, azoló a París en la primera mitad del siglo diecinueve. En determinado momento, son los mismos pobres quienes encarnan la enfermedad:

El pilluelo parisiense es casi una casta. Pudiera decirse que se nace pilluelo, que no cualquiera, sólo por desearlo, es un pilluelo de París. ¿De qué arcilla está hecho? Del primer fango que se encuentre a mano. Un puñado de barro, un soplo, y he aquí a Adán. Sólo basta que Dios pase. Siempre ha pasado Dios junto al pilluelo. El pilluelo es una gracia de la nación, y al mismo tiempo una enfermedad; una enfermedad que es preciso curar con la luz (1897: 500).

Sin embargo, para Víctor Hugo, el cuadro patológico surge de una confluencia entre la miseria (que suma tanto la pobreza como la epidemia de cólera) y la violencia política:

La miseria del pueblo, los trabajadores sin pan [...] la enfermedad política y la enfermedad social se declararon a la vez en las dos capitales del reino: la guerra civil en París, en Lyon la guerra servil [...] Las conspiraciones, las conjuras, los levantamientos, el cólera, añadían al oscuro rumor de las ideas el sombrío tumulto de los acontecimientos (577).

El autor vuelve al tema de la revolución en su última novela, *Noventa y tres* (1874), cuando dirige su mirada al período del Terror y, reflexionando sobre la tiranía, se pregunta: “¿Qué tumor puede extirparse sin pérdida de sangre?” (210). Entonces, continuando con el imaginario médico, concluye: “Un cirujano se parece a un carnicero; un médico que cura puede tener aspecto de verdugo. La revolución, dedicándose a completar su obra fatal,

mutila, pero salva” (210). Víctor Hugo parece situar así la violencia revolucionaria en el terreno de los paliativos.

Este discurso es también recurrente en Balzac, quien sin embargo, adversó furiosamente el cambio radical que la revolución supuso. A lo largo de sus novelas estableció conexiones entre dicho proceso, la enfermedad y la vida criminal que “infectaba” el tejido social⁶. En *Cousin Bette* (1846), por ejemplo, la ruina de los cuerpos acompaña (o refleja) la ruina moral del período postrevolucionario. Podría decirse que *La comédie humaine*, en términos generales, presenta a la burguesía emergente, heredera de las transformaciones que desmantelaron el privilegio de la aristocracia, como una clase que usurpa y consume el cuerpo del *ancien régime*. Ello se hace patente en sus referencias a las expropiaciones o a la adquisición de los “*biens nationaux*” por parte de quienes ahora ocupaban (invadían o infectaban) los espacios de la antigua nobleza, pagando “precios irrisorios” y desplegando “conductas decadentes” (Chevalier, 1983; Butler, 1973; Lyon-Caen y Thérenty, 2007).

En otro texto clásico, *L'ancien régime et la révolution* (1856), Tocqueville aborda también el descaecimiento y la ruina del antiguo régimen mediante imágenes de enfermedad y órganos insanos. Su lectura del pasado es, a un tiempo, nostálgica y admonitoria: “No sólo he querido ver ante qué mal sucumbió el enfermo, sino también cómo se habría podido evitar la muerte” (1998: 78-79). Según el autor, el proceso revolucionario abrió las puertas a excesos patológicos, excesos que él denominó “*le mal révolutionnaire*”⁷. Su medicina combina la reforma con el control social (entendido como represión y censura), pues el “mayor error” del *ancien régime* fue “la regla rígida y la práctica blanda” (1998: 201). Esta invitación a adoptar tan ‘vigorosos remedios’ se inserta perfectamente en el imaginario político que generó analogías como la formulada por otro intelectual conservador hacia 1849, quien escribió en la prensa parisina que “el cólera era una infección revolucionaria y que, cómo las revoluciones, debía erradicarse desde su fuente” (Delaporte, 1986; Evans, 1988: 135). La violencia reaccionaria frente al tumulto transformador deviene aquí un paliativo.

Hacia finales del siglo diecinueve apareció en Francia una nueva articulación del imaginario médico en respuesta a un interés por la “salud moral” de la nación y el control de las masas. El legado darwinista y el positivismo nutrieron en buena medida el universo de representaciones culturales del cuerpo social enfermo. Lo patológico se vincula aquí tanto a la ansiedad que genera

el proceso modernizador “Modern pressures brought modern symptoms” (Thomson, 2004: 11), como al temor frente a una supuesta “degeneración nacional”. Tales problemas serían enfrentados mediante un proyecto estatal que “elearía” los valores cívicos, resaltando la importancia de la familia, el deber militar y la virtud del trabajo (2004: 19). La salud pública pasa entonces a depender de la regulación de prácticas establecidas en el ámbito de lo privado (el deseo, la sexualidad y la condición física)⁸. Entendemos entonces que, además de las transformaciones democratizadoras, las “revoluciones domésticas” representan también una “amenaza” para un cuerpo social que se concibe no solamente en términos aristocráticos, sino también patriarcales⁹.

Cuerpos bárbaros: ortopedia ciudadana.

Este universo de representaciones es familiar al siglo diecinueve latinoamericano y, de hecho, nutrió profundamente la comprensión de aquellas sociedades que se conformaban entonces a partir de un violento y contradictorio proceso de emancipación. Nuevamente se activan los imaginarios médicos en circunstancias de efervescencia social, ahora sustentándose en el impulso del pensamiento positivista. El tema ha sido ampliamente estudiado por Beatriz González-Stephan (2004), Gabriela Nouzeilles (1997) y Paulette Silva Beauregard (2000). La primera de éstas identificó una estrategia sistemática de producción de ciudadanos basada en el control de los cuerpos y la lengua, mediante el uso de constituciones, gramáticas y manuales de costumbres. En ese contexto, el imaginario médico aparecía estrechamente vinculado a los proyectos de fundación nacional, en tanto máquina discursiva que procesaba las diferencias inasimilables a las recién creadas repúblicas (González-Stephan, 2004: 396, 398-400). Las desviaciones del cuerpo biológico y del cuerpo social eran vistas como rupturas de una norma somática y social (eurocéntrica) que debía ser preservada por medio de la palabra escrita que normaba y castigaba: “the anti-Law, the guilty body of the non-state [is] prosecuted by the written word, which expels and after punishes them [...] [D]iscipline removes inadequate excrescencies (leftovers) from individuals (because they are unmanageable), languages, and the differences in the body itself” (396-97). De este modo, tanto el diagnóstico como el remedio se gestan dentro de la “ciudad letrada” que produce ciudadanos (sujetos sanos) o bár-

baros (sujetos insanos). La escritura juega así un papel fundamental en este proceso que, cuando se extiende al campo de lo literario, revela las implicaciones políticas de la práctica cultural.

En estrecha relación con esta lógica disciplinaria anclada en el discurso médico, Gabriela Nouzeilles estudia la narrativa naturalista argentina, concentrándose en un conjunto de ficciones que denomina “paranoicas” (1997: 232) y que entiende como mecanismos de regulación de la diferencia (racial, étno-nacional o sexual). La autora escribe:

En el realismo naturalista [...] los mecanismos interpretativos paranoicos se usaron sobre todo para identificar a aquellos sujetos cuya mera Otredad era supuestamente origen de múltiples formas de lo patológico que "conspiraban," a través del fantasma del contagio, contra el equilibrio socio-biológico de la comunidad nacional entendida como macrocuerpo (1997: 232).

En *Ficciones somáticas* (2000), Nouzeilles regresa al tema del discurso médico y el naturalismo, señalando que esta narrativa funciona en términos distintos a los romances fundacionales discutidos por Doris Sommer en su famoso libro *Foundational Fictions* (1993). En el caso naturalista, el fracaso de las historias eróticas pretende confirmar un orden que segrega a grupos sociales o sujetos indeseables y, con ello, revela “la naturaleza coercitiva de la comunidad imaginada” (25). Los discursos letrados de la argentinidad construyen de este modo un repertorio de lo patológico donde la histérica, la adúltera, la prostituta (16, 126, 217), el extranjero (23, 197), el negro o indígena (201) y el criminal se confunden en una masa amenazante de sujetos enfermos y, con frecuencia, se conciben como los vectores mismos del contagio.

El funcionamiento de estos imaginarios en el siglo diecinueve venezolano ha sido profundamente estudiado por Paulette Silva Beauregard, en *De médicos, idilios y otras historias* (2000). En este caso, la mujer deviene el eje fundamental de los discursos patologizantes o idealizantes de la literatura y otras formas de representación simbólica (como la publicidad, el grabado y la pintura). La autora explica que, en la circunstancia de una modernización finisecular y periférica, la mirada patriarcal vigiló la inserción “del sexo débil” en el proyecto nacional (92-110). Ello se expresaba en discursos literarios que apelaban a los modelos del melodrama y al discurso de la medicina para re-

presentar (contener y/o castigar) las “desviaciones” que ponían en peligro el desarrollo del país. En tiempos de una significativa movilización femenina (41-42, 93-95), el “impulso subversivo” se contiene mediante representaciones que modelan la conducta, proporcionando “una educación sentimental” (137): “La novela sirve como ‘ortopedia’, como correctivo que debe aplicarse a tiempo, antes de que las pasiones deformen definitivamente la moral y los cuerpos de los jóvenes” (139).

El tema de lo femenino como presencia que invade los espacios (saludables) de la masculinidad, contaminándolos con flaquezas físicas, excesos emotivos o sexuales trasciende el siglo XIX. Mariana Libertad Suárez (2006) ha explorado el tema entre las narradoras venezolanas de las décadas del 30 y el 40. La autora sugiere que, en un contexto de democratización nacional, los intelectuales orgánicos no sólo diagnosticaban el orden social, sino que prescribían paliativos para sanar el cuerpo enfermo de lo femenino (83, 87).

González-Stephan, Nouzeilles, Silva Beaugard y Suárez coinciden de este modo en el papel fundamental que juegan el discurso letrado y otras formas simbólicas (como la publicidad) en la modulación y control del cuerpo social, en circunstancias percibidas como de transformación radical. Ya sea la amenaza representada por la modernidad, los movimientos feministas o los flujos migratorios, el imaginario médico responde como instrumento de una ortopedia ciudadana que controla los “cuerpos bárbaros” que amenazan la nación.

Ideología, autoritarismo e infección

El imaginario que vengo discutiendo podría denominarse “reactivo”, por cuanto responde a circunstancias de agitación o transformación social. No sorprende por ello que el siglo XX haya proporcionado tantos ejemplos en torno a los regímenes autoritarios, las transiciones democráticas, la Guerra Fría y la Revolución Cubana¹⁰.

La representación del comunismo como una enfermedad que debía contenerse con “vigorosos paliativos” parece haberse exacerbado en el discurso político norteamericano durante la presidencia de Truman, cuando sus consejeros le advirtieron en un famoso telegrama de 1946, sobre el “parásito maligno que se alimentaba solamente del tejido muerto” y cuyo origen era Moscú (Ivie, 1999: 570). Sin embargo, en el caso de Cuba la imagen precede a la

Guerra Fría. En efecto, ésta fue parte del discurso político estadounidense que siguió a la guerra con España, en 1898, y respondió a un proyecto de dominación que articulaba las necesidades comerciales del país a proyectos de higiene pública que perseguían justificar la invasión, mientras preparaban la infraestructura para mejor dominar la isla (Stepan, 2004). Cuba era un “territorio enfermo” y ello justificaba la *intervención* humanitario-profiláctica. A partir de 1959, la metáfora de la enfermedad vuelve a ser recurrente, como lo explica Louis A. Pérez en *Cuba in the American Imagination: Metaphor and the Imperial Ethos* (2008). A medida que el proceso revolucionario se acentúa, así se intensifica también su representación como cuadro patológico que amenaza el cuerpo del imperio (Pérez: 253).

La disidencia y el exilio cubanos también han invocado el discurso de la enfermedad para denunciar el proceso revolucionario. Uno de los ejemplos más dramáticos se encuentra en la autobiografía póstuma de Reinaldo Arenas, *Antes de que anochezca*. En la carta que lega a sus amigos más cercanos antes de quitarse la vida, responsabiliza a Fidel Castro de la enfermedad que contrajo en el exilio:

Pongo fin a mi vida voluntariamente porque no puedo seguir trabajando. Ninguna de las personas que me rodean están comprometidas en esta decisión. Sólo hay un responsable: Fidel Castro. Los sufrimientos del exilio, las penas del destierro, la soledad y las enfermedades que haya podido contraer en el destierro seguramente no las hubiera sufrido de haber vivido libre en mi país (1992: 343).

Arenas se suicidó en su apartamento de Manhattan el 7 de diciembre de 1990, eligiendo así una efeméride nacional: la muerte de Antonio Maceo. La fecha es conmemorada por los cubanos, no sólo en honor a este héroe de la Independencia, sino también en honor a todos los mambíses que lucharon por ésta. Más allá de lo arbitraria que pueda resultar la acusación de Arenas, su gesto no deja de ser significativo, por cuanto responde a la enfermedad (SIDA-Revolución) con un acto de rebeldía que invoca otro gesto revolucionario: el de la independencia cubana. Revolución, contrarrevolución y enfermedad confluyen en un mismo registro semántico y somático.

Por otro lado, el discurso revolucionario también apeló a las metáforas de

la enfermedad para representar la disidencia ideológica, cultural y sexual. A finales de los años sesenta, los campamentos de la UMAP recluyeron a sujetos “víctimas de una enfermedad importada” que se manifestaba como conducta afeminada, la cual, según señalaba Fidel Castro, era incompatible con el nuevo hombre socialista (Yglesias, 1968: 202; Ocasio, 2002: 89).

Otro tipo de “desviaciones” también fue objeto de airados debates. El “exceso revolucionario” –aberración de orden ideológico– también fue concebido como patología. En un famoso discurso pronunciado en 1967, en la Universidad de La Habana, Fidel Castro advierte contra articulaciones de la retórica revolucionaria que considera contraproducentes y señala que tales excesos constituyen una inmadurez política que raya en lo patológico:

Aquí hay muchos que se creen más revolucionarios que nadie, y creen que la Revolución está en gritar, y creen que la Revolución está en decir: “Izquierda, izquierda.” No les quiero hacer ninguna crítica a los Jóvenes Rebeldes, desde luego, porque ellos han rectificado algunas de sus consignas. Por ejemplo, ellos decían: “Somos socialistas, pa'lante y pa'lante, y al que no le guste, que tome purgante.” A mí no me gustaba, sinceramente, esa consigna, porque no era positiva. La cambiaron: Somos socialistas, pa'alante y pa'alante, y el que esté de acuerdo, la mano levante”. Esa es positiva, esa consigna (APLAUSOS); lo otro, es presentar el marxismo como un purgante: “Y al que no le guste, que tome purgante”. No está invitando a nadie a estudiar, no está invitando a nadie a convertirse al marxismo; le dice “te lo tragas, si quieres y si no quieres; si no te gusta, toma purgante”. ¿A quién van a conquistar con eso? “Izquierda, izquierda, izquierda siempre izquierda”, eso no es el socialismo, eso puede ser *Izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo* (APLAUSOS) (Castro Ruiz)¹¹.

La referencia al “purgante” se inscribe perfectamente en el imaginario que vengo discutiendo y coloca al proceso revolucionario del lado de los remedios; aunque, según Fidel, lo haga de un modo negativo. Lo que interesa discutir aquí es la idea de que cierto “exceso revolucionario” es perjudicial cuando se lo interpreta desde la hegemonía (también revolucionaria) que dicta los parámetros (o límites) de la transformación radical. Como habrá de recordarse, la frase con la que concluye el discurso de Fidel hace eco de un conocido folleto de Lenin, titulado *La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo* (1920).

Allí acusa a los izquierdistas alemanes de emprender caminos más dignos de un sofista que de un revolucionario, así como de abrir las puertas a ‘desviaciones socialdemócratas’, mientras promulgan un discurso ultraradical sobre la participación de las masas. Lenin considera que, sin embargo, este “peligro” facilita una suerte de proceso purificador que propicia eventualmente la salud del organismo revolucionario: “No hay, pues, nada de sorprendente, nada nuevo, nada alarmante en la ‘enfermedad infantil’ del ‘comunismo de izquierda’ de los alemanes. Esta enfermedad transcurre sin consecuencias y hasta, una vez pasada, deja más vigoroso el organismo” (1948: 35). Más adelante concluye afirmando que “tenemos todos los motivos para creer en una curación rápida y completa del ‘izquierdismo’, enfermedad infantil en el movimiento comunista internacional” (1948: 115).

En el caso venezolano, desde la transición a la democracia hasta la circunstancia contemporánea, se observan numerosos ejemplos en los que cierta práctica política se ve patologizada al vincularse al legado autoritario de la dictadura o al tornarse “revolucionaria en exceso”. Por ejemplo, en el seno del PRD se discutieron estrategias de consolidación política dentro del período lópezista (1935-1941); para ello se buscó integrar y a la vez contener el impulso de grupos que “padecían de radicalismos infantiles” (“Carta de R.B. a Mario Briceño I) (En Sosa, 1995: 408). El “equilibrio” se lograría entonces luchando contra los privilegios que se prolongaban desde la recién desaparecida dictadura gomecista, mientras también se evitaba que grupos como el PCV impulsaran una política radical. El modelo se denominó “convivencia”:

La convivencia nos ha hecho andar un buen trozo en el camino de la concordia nacional. Pero hay que seguir avanzando, abriendo cause a toda aspiración legítima y respetando como se debe las prerrogativas políticas de todos los ciudadanos. Existe la tendencia a crear el país una vasta *leprosería política* constituida por todo el que no participe de determinadas ideas gratas a cierta rama burocrática. Reaccionar contra esa tendencia es un deber patriótico inaplazable. La lucha contra el extremismo nos ha llevado demasiado lejos, hasta *contaminar con el temible virus* a las zonas más moderadas del pensamiento democrático. En la patria común no pueden prosperar las *toxinas* de irritantes privilegios (Juan Lucerna [Valmore Rodríguez], 1940) (En Sosa, 1995; las cursivas son nuestras).

El ejemplo literario más conocido de lo político-patológico vinculado al régimen gomecista, lo hallamos en *Fiebre* (1931), de Miguel Otero Silva. El autor regresa más tarde a este tema, en *Casas muertas* (1955), pero fue en aquella novela de juventud donde la alegoría de una nación enferma se expresó de modo más transparente. *Fiebre* narra la rebelión de los estudiantes de la “Generación del 28” frente al régimen del general Juan Vicente Gómez y el castigo que sufrieron éstos durante su presidio en Palenque. François Delprat (1978) resume el sentido alegórico de esta obra del siguiente modo:

La quatrième partie, intitulée *Fiebre*, forme une sorte de bref mouvement final [...], à caractère allégorique. La fièvre paludique de Vidal figure le mal qui ronge la nation. Le délire du malade lui fait interpellier Dostoïevsky. Référence littéraire symbolique qui suggère que, tout comme la révolution russe a couronné une lente prise de conscience sociale et politique, où les écrivains ont joué leur rôle, de même la pensée et les écrits de la génération de 1928 doivent être suivis de la révolution vénézuélienne (En Lorenzo, 1997: 517).

Es en este sentido que, según Concepción Lorenzo y Rodríguez Ortiz, el título de la novela alude a “dos tipos de calentura”. Por un lado, se refiere literalmente a la fiebre que causaba el paludismo; por el otro, a esa efervescencia ideológica que, cual virus, cundía en “aquellos muchachos revoltosos” (Rodríguez Ortiz, 1997: 5). En efecto, hacia el final de la novela, el delirio febril tiene mucho que ver con una suerte de lucidez revolucionaria que anuncia un nuevo orden. El personaje Vidal Rojas afirma:

La fiebre corre por mis venas como bajel de fuego. Mi corazón le va corriendo adelante desbocado, como si temiera que le diese alcance. La fiebre no enturbia la mirada sino limpia de brumas: bajo la fiebre se hace más transparente el dolor de mi pueblo.

Iluminado por la fiebre, acurrucado en mi rincón de tierra, veo cómo llevan a costas el dolor de mi pueblo los hombres espectrales que salen en procesión del campamento. Allá se pierden, con él a costas, en un recodo del camino. Y el dolor de mi pueblo [...] se extiende y cubre totalmente la sabana marchita (2001: 250).

Desde esta perspectiva, la revolución constituye un acto salutífero frente al estado aberrante que impone la dictadura¹². Vidal invoca entonces la rebelión, a la manera del pueblo ruso en la Revolución de Octubre, diciendo: “Yo sé muy bien que mi pueblo no puede morir. Los pueblos no mueren nunca, ¿verdad? [...] Yo sé que mi pueblo ha de despertar un día. Despertará como el tuyo, viejo Dostoievsky, como todos los pueblos templados en el sufrimiento. Y entonces será una vertiente de esqueletos insurrectos, un torrente de legítima venganza desencadenado sobre los campos anchos de mi patria” (2001: 251)¹³.

En *Casas muertas* es la fiebre amarilla y no la malaria la que genera la desolación. Sin embargo, volviendo al nivel alegórico, el estado febril remite más a la violenta y desigual modernización de un país atávico, que al fervor revolucionario de la novela anterior. Contemplando a uno de los pocos habitantes que restan al pueblo de Ortiz, Carmen Rosa despide a tres hombres llagados: “Aquellos tres hombres, Pedro Estevan con el pantalón arremangado y una purulenta rosa abierta entre la ceniza amarilla del yodoformo, Moncho con el tendón del pie izquierdo desflecado por una herida honda y contumaz, Evaristo, con la pierna deforme y tumefacta, eran los supervivientes maltrechos de la inacabable tormenta de fiebre y miseria, de la encarnizada fatalidad que había arrasado la hermosa ciudad” (2008: 129). La novela se conforma de este modo a partir de una mirada profundamente fatalista del cuerpo-nación.

Otros autores de este período también incorporan el imaginario de la enfermedad en sus narrativas. Rafael Pocaterra lo empleó en varios de sus *Cuentos grotescos* (1922) y en *Memorias de un venezolano de la decadencia* (1927), donde aparece como signo y sino de una nación de aduladores e ignorantes al mando del caudillo Cipriano Castro (el antiguo superior de Juan Vicente Gómez): “Así iba desarrollándose esa larga enfermedad de la voluntad nacional. Esa incuria, ese paludismo que hoy ha convertido la República en un vasto hospital” (1990: 26).

Estas referencias al autoritarismo como enfermedad se repetirán nuevamente en los años cincuenta, durante el régimen perejimenista y, como veremos en lo sucesivo, reaparecen también en los tiempos de la Revolución Bolivariana. Quién nombra la enfermedad, desde dónde se pronuncian los diagnósticos y dónde se sitúa el foco de lo patológico continuarán siendo las preguntas claves.

Las patologías de una Venezuela revolucionada.

En su aguda polarización, el discurso cultural y político venezolano contemporáneo también ha adoptado, con notable frecuencia, la retórica del *phatos*. En esta pugna, donde la imprecación y el vituperio se expresan como diagnósticos definitivos, el enfermo podría definirse simplemente como “el otro que adversazos”: su presencia es la de un ser achacoso e indeseable; su pensamiento y acción representan síntomas más que estrategias y tácticas políticas; su discurso se reduce a un vector de contagio o a un mero delirio. Esta es la lógica del imaginario patologizante de la Venezuela revolucionada.

Diganósticos balzacianos

Es probable que hacia 1999, cuando apenas se iniciaba la presidencia de Hugo Chávez Frías, existieran importantes coincidencias entre las diversas facciones políticas en torno al “cuadro nacional”: el origen de la patología, los síntomas que la expresan y los insumos que habrían de remediarla. En aquella época, parecía haber un acuerdo sobre una crisis que podía entenderse en términos de “enfermedad” y que se vinculaba no sólo a una historia de violencia colonial y poscolonial, sino sobre todo, al saqueo de los bienes públicos por parte de un Estado y un empresariado corruptos. Un discurso “sintomático” de aquella coyuntura fue el pronunciado por Rafael Caldera ante una sesión conjunta del Congreso Nacional de Venezuela, el 4 de febrero de 1994. Luego de condenar el recién acaecido golpe de estado contra Carlos Andrés Pérez, el ex-presidente identificó los *males* o *morbos* nacionales en función del paliativo reformista (neoliberal, para ser más precisos, y referirnos a la “Agenda Venezuela”) o, según algunos comentaristas, en beneficio de sus propios intereses electorales¹⁴.

Es difícil pedirle al pueblo que se inmole por la libertad y por la democracia, cuando piensa que la libertad y la democracia no son capaces de darle de comer y de impedir el alza exorbitante en los costos de la subsistencia, cuando no ha sido capaz de poner un coto definitivo al morbo terrible de la corrupción, que a los ojos de todo el mundo está consumiendo todos los

días la institucionalidad. Esta situación no se puede ocultar. El golpe militar es censurable y condenable en toda forma, pero sería ingenuo pensar que se trata solamente de una aventura de unos cuantos ambiciosos que por su cuenta se lanzaron precipitadamente y sin darse cuenta de aquello en que se estaban metiendo. Hay un entorno, hay un mar de fondo, hay una situación grave en el país y si esa situación no se enfrenta, el destino nos reserva muchas y muy graves preocupaciones (www.analitica.com/bitlibro/caldera/4f.asp).

Sin embargo, este diagnóstico nacional se fue transformando a medida que “el proceso bolivariano” se consolidaba y, una vez alcanzado el poder, cobró visos de proyecto hegemónico que desplazó tanto a los factores tradicionales de la política venezolana, como a varios de sus aliados iniciales. Con la agudización de las confrontaciones surgió entonces la tendencia a definir al adversario político como enfermo o foco de contagio. Emergieron también articulaciones de lo patológico desde ángulos que recuerdan las nociones del cuerpo político hobbesiano (ahora en relación al cuerpo del líder carismático que encarna la nación); o se expresan en términos abiertamente clasistas (el marginal degenerado frente al oligarca escuálido); o incluso reminiscentes de la Guerra Fría (la patología populista, el virus del comunismo, el desviacionismo de izquierda, etc.).

En primer lugar, salta a la vista el diagnóstico generalizado y recurrente: los titulares de la prensa opositora abundan en referencias al estado enfermizo de la nación. Una mirada somera a los periódicos más conocidos del país arroja todo un repertorio de los morbos de la Venezuela Bolivariana: “La sociedad venezolana se enfermó de política” (*El Universal*, 22 de mayo del 2005), “Venezuela está enferma” (*El Universal*, 20 de mayo del 2008); “País enfermo” (*El Universal*, 15 de diciembre de 2009), “El alma de Venezuela está enferma y solo se cura con fe” (*El Universal*, 4 de junio del 2010), “La enfermedad venezolana” (*El Universal*, 15 de marzo del 2010), etc.

Como es de suponer, la arena política acompaña de cerca a estos discursos periodísticos. Durante las elecciones del año 2006, el candidato presidencial Manuel Rosales declaró a un canal de noticias que “la democracia en Venezuela [estaba] enferma” (*Globovisión* 30/08/2006). Uno de sus asesores en la campaña electoral, el norteamericano Michael Rowan, también publicó numerosos artículos refiriéndose al tema de la “enfermedad venezolana”. El autor discutía,

por ejemplo, la llamada “enfermedad holandesa” (relacionada con la dependencia de las economías mineras centradas en la monoproducción), estableciendo analogías con el HIV. Posteriormente, sugirió que *el proyecto* de Chávez representaba uno de los vectores fundamentales del contagio que ha conducido al estado actual de descomposición nacional, aunque el “virus letal” hubiera infectado a la nación desde hace ya varias décadas: “La falla del Estado venezolano para crear y distribuir bienestar, principalmente desde la nacionalización en 1976, es reconocida por los intelectuales pero no por la población. *La revolución, desde 1999, es la máxima expresión de las fallas que la precedieron, como el Sida es la expresión terminal del HIV*, una cuestión que escapa a aquellos que creen que Chávez es el principal problema” (Rowan, 2009; Las cursivas son nuestras)¹⁵. En este sentido, el diagnóstico del cuerpo enfermo de la nación reduce las fuentes del malestar a un repertorio ideológico específico –el petro-estatismo, el Estado benefactor o la revolución chavista– más que a un sujeto, el presidente Chávez. Sin embargo, resulta también claro que lo que el autor entiende como “estado de salud” constituye otro repertorio ideológico: el desmantelamiento del Estado, la liberalización de la economía y, sobre todo, la desnacionalización petrolera¹⁶.

El humor gráfico también aporta ejemplos de esta comprensión ideológica de los *morbi* de la Venezuela Bolivariana. En las dos primeras imágenes que siguen más abajo, la “ideología de izquierda” constituye un vector de contagio y se la describe en términos sorprendentemente similares a los que creímos desaparecidos con la caída del muro de Berlín¹⁷. En la tercera imagen se hace referencia a una articulación más explícita del tema, al sugerir una caída en la calidad de vida del venezolano debido a las deficiencias sanitarias en el país. Sin entrar de lleno en el debate sobre epidemiología que se ha desatado con la reaparición de varios focos de dengue y mal de Chagas, es claro que más allá de los elementos objetivos del asunto, el fenómeno dio pie a lecturas fuertemente politizadas. En un artículo titulado “Chipocracia y mal de Chagas”, Fernando Egaña establece una analogía entre la *trypanosomiasis americana*, los autoritarismos del pasado y el gobierno de Chávez.

El mal de Chagas no es una enfermedad nueva, como el mal de Chávez tampoco es una patología de reciente data. La vieja historia de Venezuela está repleta de caudillismos usufructuarios y de demagogos delirantes, que se ufanaban de hacer valer la democracia social, y dejaban a la patria en ruinas luego

de concluir su ciclo de violencia y latrocinio. En pleno siglo XXI, el mal de Chávez representa una mutación de aquellas plagas para simular adaptarse a los valores de la cultura democrática que los venezolanos forjamos en el siglo XX [...] Pero así como la voluntad nacional logró vencer las tendencias despóticas que se enseñorearon hasta bien entrado el siglo pasado, así se encontrará, de nuevo, el camino para superar la presente hegemonía, para dejar atrás a la Chipocracia y para derrotar las secuelas de su parasitosis: el agravamiento de los males tradicionales y la irrupción de numerosos males de su propio y exclusivo cultivo (Egaña, “Chipocracia y mal de Chávez” en: <http://articulo350.blogspot.com/2010/05/del-mal-de-chagas-al-mal-de-chavez.html>).

En estas lecturas, los mosquitos y los chipos se transforman en vectores de contagio análogos al comunismo o al chavismo; cuando no en simples índices de un proceso político que contribuye al descaecimiento nacional¹⁸. Según esta perspectiva, el “estado de salud” se vislumbra como un gesto futuro de rebelión contra el proyecto bolivariano; intervención salutífera que contrarrestaría las “secuelas de su parasitosis”. Y esta limpieza (¿desparasitación?) del cuerpo social revolucionado, ¿pasará por los vigorosos paliativos que intelectuales como el historiador francés Alexis de Tocqueville recomendaban contra las fuerzas que derrotaron el *Ancien Régime*?



Otras expresiones del imaginario patológico optan por personalizar el foco de contagio. En un reciente texto de opinión se sugiere incluso que la crisis nacional se somatiza a partir de una infinidad de manifestaciones (epilepsia, insomnio, hipertensión y estados de ansiedad) y que la causa principal de dichos estados es el “discurso amenazante” del mandatario.

La población venezolana está enferma: paranoica por la inseguridad; angustiada por los altos índices de corrupción e inflación; con crisis epilépticas, insomnio e hipertensión arterial por las verborreas de Chávez atiborradas de insultos y amenazas, transmitidas a cada rato en cadena conjunta en todos los medios de comunicación durante horas interminables y ocupando los pocos horarios utilizados por la población en entretenimiento, viendo novelas y juegos de pelota. Es como para volver loco a cualquiera (Francisco Rivero Valera, 2010).

En otro artículo de prensa, el sociólogo Tulio Hernández reflexiona sobre el significado de un curioso incidente que tuvo lugar en dos juegos de baseball que se llevaron a cabo en Miami y Toronto. El hecho ocurrió cuando un grupo de venezolanos opositores que asistieron a dichos juegos, le rechifló al pelotero Maglio Ordóñez por sus simpatías hacia el actual gobierno.

Aunque comprendo su necesidad de drenar la impotencia, se equivocan los venezolanos abucheadores cuando actúan con la misma intolerancia que los camisas rojas de Hugo Chávez, escupiendo hacia arriba contra su propia selección. Y, sobre todo, se equivoca el Presidente cuando, diez años después de ejercer el poder, no sólo no ha logrado reunificar a una sociedad que *ya venía enferma* y rota sino que *–como lo haría un enfermero perverso–* le ha echado sal y barro a la herida. Ha escupido y orinado sobre ella. La ha rasgado con *sus dedos infectados*. Para ensancharla. Que no se cierre. No se cure. *Para que el organismo enfermo que la padece se haga dependiente de sus cuidados* (Tulio Hernández, 2009; las cursivas son nuestras).

La reflexión es fascinante: por un lado, cuestiona el exceso opositor; por el otro, sugiere que la enfermedad precede el advenimiento del proyecto chavista, aunque éste ha operado de modo “perverso”, agudizándola. La lógica

del argumento sugiere que la estrategia presidencial se basa precisamente en mantener y exacerbar el estado patológico a fin de crear una dependencia del líder. Dicho de otra manera, que el poder del líder depende del estado crónico de la nación y la precariedad de sus ciudadanos. No podemos dejar de vincular esta interpretación a ciertas lecturas del fenómeno populista en tanto “patología” que opera exacerbando los antagonismos (“le ha echado sal y barro a la herida” con sus “dedos infectados”) y estableciendo relaciones clientelares (“el organismo enfermo que la padece se [hace] dependiente de sus cuidados”)¹⁹.

En otro artículo que se pretende más bien jocoso, titulado “El chavismo es una adicción”, Elides J. Rojas L. (2008) comenta el gran desconcierto que generó en un grupo de sabios, todos ellos Premios Nobel y vinculados al ficticio *World Science Watch*, el resultado de una encuesta que menciona la alta popularidad de Chávez. La conclusión de los expertos fue que “sencillamente, el soberano está enfermo. Sufre de adicción al chavismo”²⁰. Esta sátira puede vincularse también a una lectura plana del populismo que concibe la movilización popular como el resultado de procesos irracionales (manipulación, fanatismo, ignorancia), más que como una serie de acciones motivadas por una determinada voluntad política²¹. Tal es el caso de otro ensayo titulado “De la patología del chavismo”, donde la novelista Carmen Vincenti reflexiona sobre el fenómeno psico-social de “los adeptos” (sic) al líder de la revolución bolivariana. Su reflexión empieza por declarar de mayor interés el fenómeno del chavismo de clase media, por cuanto las “clase populares” son “naturalmente” más susceptibles al “contagio” y, por ello, su adhesión resulta más comprensible:

los [pobres] que defienden y aplauden, viven de eso, y cuesta mucho dejar de aferrarse a la cuerda –más gruesa o más fina– que otorga un espacio de poder. Por pequeño que éste sea, o un clandestino beneficio económico (si las transferencias hablaran...) y ‘el pueblo’ –sujeto y objeto tan manipulado históricamente [...]– está movido por la desesperación, la ignorancia y la contaminación de elementos infiltrados [...] En todo caso, desafortunadamente, no tienen nada que perder, muchas veces ni siquiera una familia o un salario (Vincenti: 1).

Una vez descartada del análisis aquella parte del cuerpo social que parece

incapacitada para discernir o actuar políticamente (dada su precariedad, ignorancia u oportunismo), la autora se pregunta por la “ambigua clase media” y sus motivaciones para seguir a quien se ha empeñado en “ranchificar al país”. El razonamiento que sigue se sustenta en el ya viejo tema de la “baja autoestima” del venezolano, la cual conduce a la celebración del caudillo (el “gendarme necesario”). Más adelante concluye: “Existe un engranaje consciente/inconsciente: una condición individual y colectiva que produce conexiones entre el magnetismo de un líder psicótico y la inseguridad y debilidad de un pueblo en busca de guía” (7). El resultado es, según la autora, la enfermedad: “El producto, salta a la vista de todos, es lo que nos hemos atrevido a denominar la patología del chavismo, la cual exhibe todos los síntomas autistas producto del contagio [...] Ese veneno, bacteria, cáncer monstruoso que nos está consumiendo, sonrío descaradamente bajo la bandera nacional (7). Desde otra perspectiva, y más allá de la lista de morbos que supuestamente encarnan en el chavismo, también “salta a la vista” el hecho de que un diagnóstico como éste se encuentra fuertemente impregnado por una perspectiva de clase que proscribire la posibilidad de un sujeto popular de la política.

El personalismo que ha caracterizado la presidencia de Hugo Chávez Frías ha creado también oportunidades para la emergencia de otro tipo de lecturas en las que el cuerpo enfermo de la nación se corresponde al cuerpo enfermo del mandatario. Recordamos inevitablemente aquí las reflexiones de Hobbes, abordadas al inicio de este ensayo, y leemos este tipo de razonamiento desde la imagen de un “Leviatán populista”: si el líder carismático encarna la nación-pueblo y ésta se haya enferma, entonces el cuerpo del primero comunica (acaso por contagio) el estado de la segunda.

En el año 2008, el *Diario Versión Final*, de la ciudad de Maracaibo, dedicó una gran página al tema de “la enfermedad de Hugo Chávez”. Una serie de gráficos y cuadros explicativos operaban allí como diseccionando la figura del presidente para comprobar que no sólo sufría de una serie de trastornos en la cervical, sino, más importante aún, que todo ello podía afectar su estado psíquico, haciéndolo irritable. En la parte inferior del recuadro se sugiere incluso su consumo de tabaco y cafeína como “caldo de cultivo [de su] cuadro clínico”. Estos razonamientos se conectan también a una serie de acusaciones absurdas sobre su consumo de drogas²², aunque la discusión había ya alcanzado su más alto grado de ridículo cuando, meses

antes, se habían difundido las declaraciones del astrólogo Walter Mercado, quien predecía la muerte del presidente a causa de “una extraña enfermedad de la cabeza”.

Oficialismo **VERSIÓN FINAL** página 8 **Infografía**

Conozca cómo afecta al mandatario nacional el dolor cervical

Así es la enfermedad de Hugo Chávez

Fue en el año Presidente 25 del día del 20 de agosto de 2007, y al momento que el canalor Hugo Chávez, cuando se encontraba en un momento de salud por una hernia discal. Fue en ese momento, cuando se le diagnosticó la enfermedad de la columna cervical. Este diagnóstico se le dio a conocer a través de un comunicado de prensa, donde se mencionó que la enfermedad de la columna cervical es una enfermedad que afecta a la parte superior del cuerpo, y que se caracteriza por el dolor en la parte posterior y en los lados del cuello, y en los brazos y en los hombros. Este diagnóstico se le dio a conocer a través de un comunicado de prensa, donde se mencionó que la enfermedad de la columna cervical es una enfermedad que afecta a la parte superior del cuerpo, y que se caracteriza por el dolor en la parte posterior y en los lados del cuello, y en los brazos y en los hombros.

Versión Final describe cómo es la lesión que afecta al Presidente de la República.

Síntomas
Espasmo de los músculos cervicales.
Dolor cervical, espasmo en la parte posterior y en los lados.
Incremento del dolor al doblar el cuello o girar la cabeza hacia un lado.
Espasmo de los brazos.
Dolor en la parte superior del brazo.
Dolor en la parte inferior del brazo.
Dificultad de los músculos del brazo.

Hernia discal
Una hernia de disco es una lesión de disco ubicada a lo largo de la médula espinal. La lesión se presenta cuando todo o parte del centro blando de un disco de la columna se flexiona a pesar a través de una parte debilitada del disco.

Funcionamiento
Los huesos de la columna vertebral o vértebras, están separados por discos, que actúan como amortiguadores. Los discos están hechos de un material que se parece al cartón. Los discos se comprimen cuando se inclina el cuerpo o se levanta un peso. Los discos se vuelven más gruesos cuando se está de pie o se está sentado. Los discos se vuelven más delgados cuando se está acostado o se está de pie por un tiempo prolongado.

Cigarrillo letal
El presidente Chávez es un fumador habitual. El tabaco favorece la aparición de la enfermedad de la columna cervical. La luz de un cigarrillo produce una liberación de nicotina que afecta a la parte superior del cuerpo, y que se caracteriza por el dolor en la parte posterior y en los lados del cuello, y en los brazos y en los hombros.

Café: otro condimento de irritabilidad
El presidente Hugo Chávez es adicto al "café" del consumo de café, y a la cafeína en su bebida. El consumo excesivo de café puede causar irritabilidad y aumentar el riesgo de sufrir una enfermedad de la columna cervical. Este diagnóstico se le dio a conocer a través de un comunicado de prensa, donde se mencionó que la enfermedad de la columna cervical es una enfermedad que afecta a la parte superior del cuerpo, y que se caracteriza por el dolor en la parte posterior y en los lados del cuello, y en los brazos y en los hombros.

Refer: Raúl Semperio / Infografía, Carolina Cruz

Cabe decir que la predicción del excéntrico astrólogo es afín a todo un repertorio de representaciones sobre la salud mental de Chávez²³. En primer lugar, desde hacía ya cinco años habían proliferado las discusiones en torno a la demencia del mandatario. De hecho, el partido Acción Democrática intentó introducir demandas de “insania mental” contra el presidente en dos oportunidades (2002 y 2008)²⁴. Las respuestas del chavismo pasaron por estrategias que empleaban el poder del aparato de Estado para controlar esta proliferación de “diagnósticos” y, por otro lado, apelaron al humor como arma de deslegitimación del adversario. En primer lugar, el Ministerio de Salud publicó un comunicado advirtiendo sobre las consecuencias legales de emitir opiniones sobre el estado de salud del presidente y otras personas (ver comunicado). Luego surgieron los cantos en las manifestaciones y las pintas en las calles que sugerían que eran los opositores quienes sufrían de insania mental: “Chávez los tiene locos”.



Gobierno Bolivariano de Venezuela | **Ministerio de Salud** | **Venezuela**
COMUNICADO AL SOBERANO Y A LOS COLEGAS, AMIGOS Y COMPATRIOTAS DEL ÁREA DE SALUD MENTAL:

Como ya es del conocimiento público, en repetidas oportunidades, colegas del campo de la psiquiatría han estado dando opiniones personales sobre interpretaciones estrictas en materia de ética sobre las personalidades del acontecer nacional e internacional, algunas de ellas, fijas e impasibles y de relación humana alguna, han sido uso de repetidos conocimientos adquiridos en nuestras Universidades. En consecuencia, se establece las condiciones siguientes:

- 1) Todo conocimiento adquirido en Alma Mater, por Universidades, Institutos u Organizaciones del conocimiento Humano, establece con claridad la orientación básica de prestar un servicio de orientación, apoyo e integración, con la finalidad humana de poder ayudar, evitando todo tipo de mal informaciones, tergiversaciones, que no pueden utilizarse en ningún momento más realidad.
- 2) Esos conocimientos adquiridos nos acordamos solo para ayudar a las personas. Nunca para ser utilizado para descalificar, desvalorizar, agredir o facilitar la mala interpretación, de cualquier persona.
- 3) La responsabilidad es del alma, al ser que los recibimos confiamos la infalible realidad. Lo cual a quienes los usan para fines, entre los cuales se encuentra la comercialización de la medicina, en condiciones de mala praxis, incoherencia, desconexión, irresponsable y de alto riesgo y que al ser utilizado de la forma descrita que facilita la aplicación manifiesta de leyes, justicia o calidad humana e informaciones de amor por la humanidad y su ser.

En consecuencia, se tomarán las medidas correspondientes contra quienes hayan usado y usen la explotación de profesionales como, y violen las medidas antes mencionadas, o entre que hubieren. De igual manera, responsabilizamos a los medios de comunicación, impresos, audiovisuales y electrónicos que se dedican a esas leyes de infalibilidad al nivel varietal de Venezuela, facilitando el uso y abuso del respeto de la **Majestad del Estado de nuestro Presidente**, así mismo, contra cualquier persona que se sienta atada por señalamientos perjudiciales a la condición social y ética de la vida.

Dr. Lionel Muñoz Coll,
Coordinador Nacional del Área de Salud Mental.

Dr. Ronald Sánchez Vera,
Coordinador Nacional del Proyecto Comunità Segura y Vida Plena.

Dr. Edgar Rivera,
Director General del Programa de Salud.

La lectura del “proceso chavista” como “proceso patológico” ha adquirido también visos mesiánicos en el discurso de ciertos sectores de la Iglesia. Un artículo publicado por la “Agencia Católica de Informaciones” (ACI) recogió las declaraciones del Cardenal venezolano Castillo Lara, quien comparó el futuro bajo el mandato de Chávez con “la epidemia de peste que hace 150 años motivó la intervención milagrosa de la Divina Pastora.” (“Cardenal venezolano lanza duras críticas a Chávez”, 15 de enero de 2006, <http://www.aciprensa.com/noticia.php?n=11259>). De este modo, se sugiere que las “patologías revolucionarias” serán redimidas por una intervención divina que restituirá un determinado orden o equilibrio; es decir, el “estado de salud”. Ante esta perspectiva, cabe preguntarse nuevamente en qué consiste dicho “estado de salud” y cuál es el orden que ha de restituirse.

Diagnósticos victor-hugonianos

Como señalamos al inicio de este ensayo, el don del diagnóstico no ha sido privilegio de una sola facción política. Desde algunos sectores del chavismo también se ha optado por patologizar al adversario e incluso al disidente dentro del propio proceso. En primer lugar, se los ha denominado “escuálidos”; es decir, afligidos por una debilidad o flaqueza anormal. Asimismo, se los ha tildado de “disociados”, aludiendo a una supuesta incapacidad para aprehender la realidad. Los ejemplos abundan y parecen exacerbarse en períodos electorales²⁵. En un

discurso reciente, pronunciado frente a centenares de médicos integrales comunitarios que trabajan en la Misión Barrio Adentro, el presidente afirmó: “Lo que para la patria es malo o puede ser malo, para ellos (la oposición) es bueno, se alegran. Es una enfermedad. Ser escuálido es una enfermedad que requiere tratamiento especial, aunque no sé si tiene cura” (CNN, 16 de abril del 2010). En esta caracterización del adversario, no sólo resulta claro que la patología constituye casi una fatalidad (“no sé si tiene cura”), también llama la atención que posee rasgos (síntomas) “antipatrióticos”. El enfermo se encontraría así, potencialmente, al margen de la nación.

Como ya hemos visto más arriba, el humor también se torna instrumento de diagnóstico. Durante el referendo del 2009, surgieron numerosos blogs que volvían a promover, en tono de chanza, la “Misión Loca Luz Caraballo” propuesta por Mario Silva en el 2006²⁶:

Dentro de unos pocos días el Gobierno Bolivariano de la República Bolivariana de Venezuela ha decidido anunciar la “Misión Loca Luz Caraballo”, que estará dirigida a todos los escuálidos, fascistas, burgueses, proletarios desclasados, adecos (ahora en su mayoría militando en UNT), copeyanos (ahora en su mayoría militando en Un Nuevo Truco y los más jóvenes en Primero Fascista), masistas (también en las filas de Un nuevo Truco, después de haber sido infiltrados, revisionistas, dentro de las filas del PCV) y ueredistas (ahora casi extintos de la palestra política venezolana) que *sufren de la enfermedad conocida como disociación psicótica*. Una comisión interdisciplinaria de psicólogos, psiquiatras, sociólogos, filósofos, trabajadores sociales, politólogos, abogados, estudiantes universitarios, dirigentes comunitarios, sindicales y campesinos venezolanos trabajaron arduamente en el diseño del programa que se aplicará en los nuevos centros de atención que se han construido en algunas regiones del país (En conelojoizquierdo.blogspot.com/2009/02/mision-loca-luz-caraballo.html. 2 de febrero del 2009. Las cursivas son nuestras).



En general, esta lógica descalificadora del adversario político sugiere la falta de autonomía del otro, por cuanto su “disociación” es fundamentalmente producto de un estado de alienación inducido por discursos mediáticos. Lo anterior se evidencia en eslóganes como “Globovisión enferma; ¡apágalo!” o “Globovisión no informa, enferma,” difundidos por los simpatizantes del gobierno. En este sentido, el recurso guarda cierta relación con la estrategia de ciertos opositores, quienes niegan la racionalidad política de los grupos populares afines al chavismo.



El discurso de la enfermedad también aparece en una serie de reflexiones que cuestionan las deficiencias del proceso revolucionario, desde adentro. Por ejemplo, en el contexto de las elecciones del Partido Socialista Unido de Venezuela, en el 2009, se dio una intensa lucha por la insistencia de los altos dirigentes del chavismo en imponer sus candidatos. Ante estas presiones, los

actores de las bases respondieron señalando la necesidad de crear estructuras de participación democrática que respondieran a la voluntad de esas bases²⁷. En este caso, la enfermedad se nombra desde el interior de un proceso revolucionario y el “estado de salud” se entiende como una radicalización del proyecto esbozado en términos de democracia participativa. La enfermedad, al interior de la revolución, se vincularía entonces al verticalismo y la exclusión de un proceso político de transformación social que se debate entre un legado de luchas populares y la fuerte figuración de líderes únicos. El tema ha sido objeto de intensa reflexión al interior del proceso bolivariano donde, nuevamente, hemos visto emerger la metáfora del *pathos*. En un artículo titulado “El Sectarismo, enfermedad infantil del chavismo” (<http://www.aporrea.org/ideologia/a102955.html>), Luis Navas invoca las palabras del propio presidente para cuestionar los intentos de cooptación de los Consejos Comunales. La enfermedad aparece así no sólo en el debate oposición *vs* chavismo, sino también al interior del proceso bolivariano que en su consolidación como hegemonía, encuentra tensiones y pugnas que parecen apuntar hacia nuevos rumbos.

Conclusiones: sobre la patología del diagnóstico

La grotesca imagen que insertamos más adelante apunta a las ambigüedades y riesgos que genera esta pugna por diagnosticar al otro; por marcarlo con la mácula de la enfermedad. La foto acompaña el texto de un blogista que, bajo seudónimo, se presenta como “simpatizante del chavismo”. Desde ese ángulo, se espera que leamos el mensaje como una invitación a considerar a los opositores como enfermos que requieren de medicamentos (“revoluxotamil”) para superar su “disociación”. Sin embargo, otros blogistas respondieron a la imagen señalando que el hombre de la foto era, más bien, un chavista. En este contrapunto, la descalificación y el insulto de unos genera una respuesta profundamente racista y clasista en los otros.

El mapa de representaciones patologizantes de la política venezolana que hemos trazado aquí sugiere, por lo menos, cuatro ideas fundamentales. En primer lugar, que se trata de una respuesta emanada de grupos sociales que se disputan la hegemonía. Segundo, que la persistencia de estas representaciones es tal que constituyen un imaginario reactivo, el cual responde a un “cuerpo

TAMBIEN EN CASOS AVANZADOS!



*El Antipsicótico
para el Disociado*

REVOLUXOTANIL

- ☑ Mira las cadenas Presidenciales con una sonrisa.
- ☑ Compra sólo en un Mercal sin remordimiento.
- ☑ Comunícate con "Aló Presidente" con regocijo.
- ☑ Ponte las cachuchas de Mario Silva con orgullo.
- ☑ Participa en las Mareas Rojas con alegría.
- ☑ Inscríbete en el PSUV con entusiasmo.

Atrévete a ser Feliz
SOCIALISMO DEL SIGLO XXI
Por el resto
de tu vida!

REVOLUXOTANIL ¡Tu oportunidad de ser feliz!

Hasta el 2021 con este medicamento vivirás mejor.

social revolucionado". Tercero, que dicho imaginario parece anclado (¿anquilosado?) en una episteme hobbesiana sostenida por la metáfora organicista del "cuerpo político" que mimetiza el cuerpo humano y que, cuando la "salud" impera, así también imperan la paz y el orden. Cuarto, que la sustancia de estos imaginarios se revela en *sotto voce* cuando nos preguntamos cómo se entiende el "estado de salud", el equilibrio social. De lo anterior se desprende que la pulsión por diagnosticar al otro como enfermo está presente en todo el espectro político y lo que cabe distinguir entonces es la valencia de ese diagnóstico, más allá del deseo por descalificar al adversario. El contrapunto irónico que hemos sugerido entre un diagnóstico balzaciano y uno "victor-hugoniano", no captura sin duda la multiplicidad de valencias ideológicas del panorama venezolano; sin embargo, si alcanza a incorporar las contradicciones de cada uno de los grupos

que se erige como galeno supremo de la polis.

Las preguntas fundamentales son, entonces, otras: ¿Desde dónde se nombra la enfermedad? ¿Desde qué lugar de autoridad se “imputa” el diagnóstico? ¿Dónde se vislumbra la salud?

Para concluir, cabe recordar el tan citado ensayo de Susan Sontag (1990), *Illness as Metaphor*, donde la autora sugiere la necesidad de distanciarnos de las metáforas para hablar de la enfermedad. En efecto, la enfermedad, no es una metáfora. Propongo pues partir de allí para sugerir que la política y el adversario no son ni una enfermedad ni un enfermo. Distanciarse de estos tropos, siquiera momentáneamente, nos permite atender asuntos más sustanciales que acontecen en el cuerpo social en el contexto de transformaciones radicales.

Notas:

- ¹ Entiendo “imaginario” como una serie de metáforas, imágenes e historias empleadas por una sociedad determinada en su intento por dar sentido al mundo que la constituye. *Cfr.* Charles Taylor, *Modern Social Imaginaries* (2004).
- ² En el discurso médico, síntoma y signo se oponen a partir del carácter subjetivo del primero (lo que el paciente puede sentir) frente al carácter objetivo del segundo (lo que el médico puede medir y constatar mediante la observación). Sin embargo, la indagación antropológica plantea lecturas diferentes del síntoma: “Geertz sitúa la fuerza analógica entre la generalización antropológica y la clínica a partir de un paralelismo: de una manera semejante a como se inscriben síntomas en un cuadro patológico, se inscriben símbolos en contextos culturales” (Martínez Hernáez, 1998: 649).
- ³ La metáfora del cuerpo juega un papel fundamental en *La república* de Platón. El “Código justiniano,” sistematizó la legislación romana bajo un “*corpus iuris civilis*.” En sus epístolas, San Pablo escribió sobre el cuerpo de la Iglesia. (“A los Romanos” 12: 1-21). En el siglo XII, con el *Policraticus* de John de Salisbury (1120-1180), el estado apunta a una estructura entendida en términos antropomórficos.
- ⁴ La intrusión de lo religioso en los asuntos del Estado, por ejemplo, es como una infección que genera un estado análogo a la epilepsia: “Aunque la autoridad espiritual se halla envuelta en la oscuridad de las distinciones escolásticas y de las palabras enérgicas, como el temor del infierno y de los fantasmas es mayor que otros temores, no deja de procurar un estímulo suficiente a la perturbación y, a veces, a la destrucción del Estado. Es ésta una enfermedad que con razón puede compararse con la epilepsia [...] en el cuerpo natural. En efecto, en esta enfermedad existe un espíritu antina-

- tural, un viento en la cabeza que obstruye las raíces de los nervios, y, agitándolos violentamente, elimina la moción que naturalmente tendrían por el poder del ánimo en el cerebro, y como consecuencia causa mociones violentas e irregulares (lo que los hombres llaman convulsiones) en los distintos miembros” (Hobbes, 2001: 271).
- ⁵ Dejamos para una versión más extensa de este trabajo, la presencia recurrente de este imaginario durante la Independencia latinoamericana y el tumultuoso comienzo del siglo XX. Se trata de un recorrido que va desde la “Oda a la Vacuna” de Andrés Bello, hasta *Pueblo Enfermo*, de Arguedas.
- ⁶ Otros cronistas de su época coinciden en la descripción de París como una ciudad enferma: “¡Ah París! Has sido curada del cólera, pero estás cerca de la guerra civil; de hecho, continúas enferma” (Eugene Roch, *Paris malade* (1832-33) en Chevalier, 1973: 206, 215).
- ⁷ “*Le mal révolutionnaire*, he seemed to be arguing, was synonymous with revolutionary government, which was illegitimate, although he did not say how, except by suggesting it was due to the excesses of democracy itself. The newness of democratic equality led to scenes of brutality and inhumanity. The violence, which he contrasted with the benign nature of democratic theory, possessed a virulent quality that grew out of the very texture of the lives of oppressed people and need not therefore be surprising” (Mitchell, 1990: 271-272).
- ⁸ En términos foucaultianos podríamos decir que aquí confluyen la anatomopolítica y la biopolítica. Ver Michel Foucault, “El nacimiento de la medicina social”, en *Estrategias de poder*. Barcelona: Paidós. 1999.
- ⁹ La importancia de este tipo de reacción discursiva, dentro de un ámbito venezolano, ha sido objeto de estudio por parte de Paulette Silva Beauregard (2000).
- ¹⁰ André Siegfried (1960) llegó a proponer, en esa época, que la ideología y los gérmenes se esparcen del mismo modo: mediante el contagio.
- ¹¹ Discurso pronunciado por Fidel Castro Ruiz, Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en el acto homenaje a los mártires del asalto al Palacio Presidencial, en la escalinata de la Universidad de La Habana, el 13 de marzo de 1962. (En: <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1962/esp/f130362e.html>). Este torbellino de acusaciones, en el que cada uno sitúa la patología en el otro, se resume de algún modo en *Our House in the Last World* (1993), de Óscar Hijuelos, quien representa a la isla en su totalidad como un “microbio” y concluye sugiriendo que Cuba es una enfermedad tanto física como mental.
- ¹² Se recordará que en *La República* de Platón la tiranía representa “la cuarta y extrema enfermedad de la polis”.
- ¹³ Resulta curioso que la primera edición de *Fiebre* se titulara *Novela revolucionaria*, y que en la segunda edición de 1971 se haya hecho desaparecer dicha frase. En su minucioso estudio del autor, Concepción Lorenzo sugiere que ello podría responder a

una toma de conciencia por parte de Miguel Otero Silva sobre las limitaciones revolucionarias de la Generación del 28. Cabe preguntarse, sin embargo, si el hecho de que también se removiera en la dedicatoria la palabra “camarada” pudiera sugerir otro tipo de silenciamiento, en el contexto de una Venezuela radicalizada por la lucha armada. Remitimos al trabajo de Concepción Lorenzo para un comentario detallado sobre el modo en que operan los referentes de Dostoievski y la Revolución Rusa en esta *Fiebre* (cfr. 75-77).

- ¹⁴ La “Agenda Venezuela” (1996-1998) fue un programa económico impulsado por el gobierno de Caldera en su segundo período presidencial. Teodoro Petkoff, entonces Ministro de Planificación, fue el encargado de aplicar una serie de directrices impuestas por el Fondo Monetario Internacional: control del déficit fiscal, liberalización de precios, privatizaciones y devaluación de la moneda. En esa época, por ejemplo, la inflación fue descrita como una enfermedad (Salamanca: 108). Véase también Ramsés Fuenmayor, “Venezuela: Su enfermedad y su crisis actual”, *Cuestiones de América* N^o 12, Diciembre de 2002 -Enero de 2003. En: <http://www.cuestiones.ws/portada12.html>.
- ¹⁵ Michael Rowan “País enfermo” *El Universal*, 11-12-2009. Ver también su libro *Cómo salir de Chávez y de la pobreza: de cómo Chávez puede perder y los pobres pueden ganar en Venezuela*. Libros El Nacional: Caracas, 2006.
- ¹⁶ Su propuesta, por ejemplo, de “empoderar” a las comunidades indígenas aplicando el modelo de Alaska para la explotación petrolera es un ejemplo grotesco de lo anterior. Cfr. Rowan (2006). Resulta también interesante la introducción de Luis E. Gusti, donde habla de la “excepcional oportunidad para que las comunidades indígenas se beneficien en forma directa de la globalización” (5).
- ¹⁷ Ver nota 9 y la sección IV de este ensayo.
- ¹⁸ Ver “Del mal de chagas al mal de Chávez”, en: <http://articulo350.blogspot.com/2010/05/del-mal-de-chagas-al-mal-de-chavez.html>; “Chipocracia y mal de Chagas”, en: <http://www.referenciadigital.com/2010/05/fernando-egana-chipocraciay-mal-de-chavez/>; “Dengue, malaria y mal de Chagas se alimentan de malos servicios”, en *El Universal* (16 de mayo del 2010); “Mal de Chagas”, en *El Universal* (22 de junio del 2010). El tema ha sido mencionado incluso en foros internacionales. En un debate entre Diego Arria y Mark Weisbrot, en *The American University* (24 de febrero del 2009), el ex embajador dedicó algún tiempo al tema de las epidemias, la mortalidad infantil, etc. En ese momento citó, como sus fuentes, “conversaciones con amigos médicos”. Otro incidente curioso reseñado por *Últimas Noticias* (12-20-2007) fue el descubrimiento de 16 casos de mal de Chagas en una zona bajo mandato de la Oposición (Chacao). Ante la noticia, algunos blogistas respondieron sugiriendo que se trataba de una “enfermedad sembrada” para desprestigiar a los líderes de Primero Justicia.

- ¹⁹ Para una lectura dinámica y no determinista del fenómeno populista, ver el libro de Ernesto Laclau *La razón populista* (2005). Allí, el autor reconoce el uso estratégico de los antagonismos, pero le otorga agencia al sujeto popular en su relación con el líder carismático.
- ²⁰ Rojas expande su diagnóstico y sugiere tratamiento: "Pero, si ese intenso amor por el líder satelital, es tan perturbador que no deja ver lo malo, pues, sí hay chance. Es una adicción. Hace daño, te mata poco a poco, pero se puede curar. Para los científicos de la WSW hay remedio. Igual que en caso de drogas o alcoholismo. Lo primero es reconocer el estado. "Sí. Soy chavista. Eso me hace daño. Pero, créanme, lo voy a dejar". Es el primer paso. Muchos comenzaron el tratamiento y están mejorando. Ya notan hasta la basura en las calles. Por eso al jefe se le ve tan mal. Como bravo, como nervioso. Cosas de encuestas. Y de la ciencia". *El Universal*, 05 de noviembre del 2008.
- ²¹ En "La sin razón del populismo", Mario H. Concha Vergara y Carlos Edsel González sugieren que el populismo es una enfermedad política afín a la megalomanía (<http://www.analitica.com/va/politica/opinion/7670179.asp>). Cabe recordar que la analogía entre populismo y enfermedad precede el fenómeno chavista. Escobar Salom (1982) escribió, a principios de los años 80, que el populismo "ha constituido la más grave enfermedad política de América Latina".
- ²² En una entrevista con el canal de televisión RCTV, el periodista Héctor Poleo afirmó que la enfermedad de Chávez tenía que ver con la adicción a la coca. Se refirió luego a las afirmaciones del presidente sobre su supuesto consumo de la hoja de coca. Este tipo de comentarios se reprodujo de manera incesante por algunos días en los medios de comunicación y fue retomado por el canal de noticias norteamericano *Fox News*, convirtiéndolo en una invectiva generalizada contra los presidentes de Venezuela y Bolivia (RCTV, 18-01-2008).
- ²³ La hemerografía y los blogs sobre el tema son numerosos. Por ejemplo, el Dr. Eloy Silvio Pomenta, profesor agregado de la Cátedra de Psiquiatría de la Universidad Central de Venezuela, emitió su diagnóstico en un artículo de opinión publicado en http://www.soberania.org/Articulos/articulo_3443.htm. Ver también "El trastorno bipolar" *El Universal* (26/07/07), "Enfermos sanos" *El Universal* (15/05/08), "Los tiranos temen a la Psiquiatría" *El Nuevo País* (15/02/08), y un ejemplar especial de la *Revista Zeta* (17-01-08), cuya portada reproducimos más abajo.
- ²⁴ Es interesante apuntar que los representantes del gobierno norteamericano también tildaron de enfermo mental a Fidel Casto: "[a] *complete hysteric with a messianic complex, if not a manic-depressive*" (Pérez Jr. 230).
- ²⁵ Ver, por ejemplo, "CD: Conjunto de disociados ¿Que opinan los psiquiatras?" (13/09/04), <http://www.aporrea.org/actualidad/a9766.html>; "Enfermos de odio"

- (11/12/06), en: <http://www.aporrea.org/oposicion/a28180.html>.
- ²⁶ Luego fue retomada por la diputada Mari Pili Hernández, en un artículo publicado en el diario *El Nacional* (Noviembre, 2006).
- ²⁷ Ver, por ejemplo, “Elecciones del PSUV: No mejora el enfermo” (17/01/2009), <http://www.aporrea.org/actualidad/a88556.html>;
“A Propósito de las Elecciones de delegados del PSUV...” (11/01/2009), en <http://www.aporrea.org/ideologia/a89795.html>;
“El PSUV, las elecciones y la crisis actual del Proceso Bolivariano” (5/4/2010), en: <http://www.aporrea.org/ideologia/a98282.html>).

Bibliografía

- Agencia Católica de Informaciones (2006) “Cardenal venezolano lanza duras críticas a Chávez”, 15 de enero de 2006, <http://www.aciprensa.com/noticia.php?n=11259> (visitada el día 15 de febrero de 2010).
- Arenas, Reinaldo (1992) *Antes de que anochezca*. Barcelona: Tusquets.
- Barkan, Leonard (1975) *Nature's Work of Art: The Human Body as Image of the World*. New Haven-London: Yale University Press.
- Barnes, David S. (1995) *The Making of a Social Disease: Tuberculosis in Nineteenth-Century France*. Berkeley: University of California Press.
- Butler, Ronnie (1983) *Balzac and the French Revolution*. London: Croom Helm.
- Caldera, Rafael (s/f) *Discurso pronunciado el 4 de febrero de 1994*. www.analitica.com/bitblo/caldera/4f.asp (vistada el día 22 de enero de 2010).
- Castro Ruíz, Fidel (1962) *Discurso pronunciado en el acto de homenaje a los mártires del asalto al Palacio Presidencial en la Universidad de la Habana, el 13 de marzo de 1962*. En <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1962/esp/f130362e.html>. (visitada el día 15 de marzo de 2010).
- Chevalier, Louis (1973) *Laboring Classes and Dangerous Classes in Paris during the First Half of the Nineteenth Century*. New York: Howard Fertig.
- Concepción Lorenzo, Nieves María (1997) *La fabulación de la realidad en la narrativa de Miguel Otero Silva*. (Tesis Doctoral). España: Universidad de la Laguna. Departamento de Filología Española. Sección de Literatura Hispanoamericana. Facultad de Filología.
- Concha Vergara, Mario H. y Carlos Edsel González (s/f) “La sinrazón del populismo” *Analitica*. (<http://www.analitica.com/va/politica/opinion/7670179.asp>) (visitada el día 17 de marzo de 2010).
- Delaporte, François (1986) *Disease and Civilization. The Cholera in Paris 1832*.

- Cambridge, Mass: MIT Press.
- Delprat, François (1978) "Caudillisme et dictature dans *Fiebre*, roman de Miguel Otero Silva», en Verdevoye, Paul (coord.) "*Caudillos*", "*caciques*" et *dictateurs dans le roman hispano-américain*". Paris: Editions Hispaniques, p. 517.
- Egaña, Fernando (2010) "Chipocracia y mal de Chávez" en:
<http://articulo350.blogspot.com/2010/05/del-mal-de-chagas-al-mal-de-chavez.html>).
- Escovar Salom, Ramón (1982) "El populismo en números". *El Nacional*. Caracas, 10 de mayo de 1982.
- Evans, J. (1988) "Epidemics and Revolutions: Cholera in Nineteenth-Century Europe". *Past and Present* 120: 143-4.
- Foucault, Michel (1999) "El nacimiento de la medicina social" en *Estrategias de poder*. Barcelona: Paidós.
- _____ (1991) *La Historia de la Sexualidad. La voluntad del saber*. México: Siglo XXI editores.
- Fuenmayor, Ramsés (2002) "Venezuela: su enfermedad y su crisis actual", *Cuestiones de América* 12 en <http://www.cuestiones.ws/portada12.html> (visitada el día 10 de abril de 2010).
- González-Stephan, Beatriz (2004) "On Citizenship: On the Grammatology of the Body Politic." En Trigo, Abril; Alicia Ríos y Ana del Sarto (eds.) *A Latin American Cultural Studies Reader*. Durham: Duke University Press.
- Guizot, François Pierre Guillaume (1846) *Histoire de la revolution d'Angleterre. Depuis l'evenement de Charles Ier [i.e. premier] jusqu'a sa mort*. London: David Bogue.
- Hampsher-Monk (1994) *A History of Modern Political Thought*. Oxford: Blackwell.
- Healy, Margaret (2001) *Fictions of Disease in Early Modern England: Bodies, Plagues, and Politics*. New York: Palgrave.
- Hernández, Tulio (2009) "Se equivocan los abucheadores que actúan con la misma intolerancia de los camisas rojas" en *El Nacional*. Caracas, 22 de marzo de 2009.
- Hijuelos, Óscar (1993) *Our House in the Last World*. New York: Persea Books.
- Hobbes, Thomas (2001) *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hugo, Víctor (1874) *Noventa y tres*. Madrid: Gaspar y Roig Editores.
- _____ (1897) *Los miserables*. Barcelona: Maucci.
- Ivie, Robert L. (1999) "Fire, Flood, and Red Fever: Motivating Metaphors of Global Emergency in the Truman Doctrine Speech" *Presidential Studies Quarterly*. 29:3: 570-591.
- Laclau, Ernesto (2005) *La razón populista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lenin, V. I. (1948) La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo en *Obras Escogidas de Lenin*. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Lucerna, Juan [Valmore Rodríguez] (1940) en Sosa (1995) "Concentración", columna

- “Escolios”, *Panorama*, 29 de mayo de 1940.
- Lyon-Caen, Boris y Marie-Ève Thérénty (2007) *Balzac et le politique*. Saint-Cyr-sur-Loire: Christian Piot.
- Martínez Hernández, Ángel (1998) “Antropología versus psiquiatría: el síntoma y sus interpretaciones”. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría* XVIII. 68: 645-659.
- Mitchell, Harvey (1990) “Alexis de Tocqueville and the Legacy of the French Revolution” en Fehér, Ferenc (ed.) *The French Revolution and the Birth of Modernity*. Berkeley: University of California Press.
- Montaner, Carlos Alberto (1994) “The Cuban Revolution and its Acolytes”. *Society*. 31: 5.
- Navas, Luis. “El Sectarismo, enfermedad infantil del chavismo” en <http://www.aporrea.org/ideologia/a102955.html> (visitada el día 15 de enero de 2010).
- Nouzeilles, Gabriela (1997) “Ficciones paranoicas de fin de siglo: naturalismo argentino y policía médica”. *MLN* 112: 232-252.
- Ocasio, Rafael (2002) “Gays and the Cuban Revolution: The Case of Reinaldo Arenas” *Latin American Perspectives* 29: 2: 78-98.
- Otero Silva, Miguel (2001) *Fiebre*. Caracas: El Nacional.
- _____ (2008) *Casas Muertas*. Caracas: El Nacional.
- Pérez, Louis A. (2008) *Cuba in the American Imagination: Metaphor and the Imperial Ethos*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Phoofolo, Pule (1993) “Epidemics and Revolutions: The Rinderpest Epidemic in Late Nineteenth-Century Southern Africa” *Past & Present* 138: 112-143.
- Pocaterra, José Rafael (1990) *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Real Najarro, Olga (2007) “Narrativa de la enfermedad en la literatura hispanoamericana: Casos sintomáticos desde una perspectiva Aurobimbandiana” en Priego, Natalia y Sonia Lozano (coord.) *Paradigmas, culturas y saberes. La transmisión del conocimiento científico en Latinoamérica*. AHILA. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert.
- Rivero Valera, Francisco (2010) “¡Viva Chávez!” *El Universal*. Caracas, 08 de enero de 2010.
- Rodríguez Ortiz, Oscar (2005) “Prólogo” en *Fiebre* de Miguel Otero Silva. Caracas: El Nacional.
- Rojas, Elides J. (2008) “El chavismo es una adicción”. *El Universal*. Caracas, 05 de noviembre.
- Rowan, Michael (2009) “País enfermo”. *El Universal*. Caracas, 11 de diciembre.
- _____ (2006) *Cómo salir de Chávez y de la pobreza: de cómo Chávez puede perder y los pobres pueden ganar en Venezuela*. Caracas: Libros El Nacional.
- Salamanca, Luis (1995) *Crisis de la modernización y crisis de la democracia en Venezuela: Una propuesta de análisis*. Caracas: ILDIS.

- Schatzki, Theodore R., y Wolfgang Natter (1999) "Sociocultural Bodies, Bodies Sociopolitical" en Schatzki, Theodore R. y Wolfgang Natter (eds.) *The Social and Political*. New York: Guilford Press.
- Siegfried, André (1965) *Germes and Ideas Routes of Epidemics and Ideologies*. London: Oliver and Boyd.
- Silva Beauregard, Paulette (2008) "La lectura, la pose y el desarraigo: Pedro-Emilio Coll y el 'bovarismo hispanoamericano'". *Acta literaria*. 37: 81-95.
- Silva, Mario (2009). En www.conelajoizquierdo.blogspot.com/2009/02/mision-localuz-caraballo.html (visitada el día 15 de febrero de 2010).
- Smorkaloff, Maria (2004). *The Cuba Reader: History, Culture, Politics*. Durham: Duke University Press, pp. 150-153.
- Sontag, Susan (1990) *Illness as Metaphor and Aids and Its Metaphor*. New York: Doubleday.
- Sosa A., Arturo (1995) *Rómulo Betancourt y el Partido del Pueblo, 1937-1941*. Caracas: Editorial Fundación Rómulo Betancourt.
- Stepan, Nancy (2003) "Imperialism and Sanitation" *The Cuba Reader: History, Culture, Politics*. (eds.) Aviva Chomsky, Barry Carr and Maria Smorkaloff. Durham: Duke University Press, pp. 150-153.
- Suárez, Mariana Libertad (2006) "Parias (mal)ditas que somos: emergencia subjetiva y enfermedad en las narradoras venezolanas (1936-1945)" en *Signos literarios* 4: 81-101.
- Taylor, Charles (2004) *Modern Social Imaginaries*. Durham: Duke University Press.
- Thomson, Richard (2004) *The Troubled Republic. Visual Culture and Social Debate in France, 1889-1900*. New Haven: Yale University Press.
- Tocqueville, Alexis de (1998) *El antiguo régimen y la revolución*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Turner, Bryan S. (2003) "Social Fluids: Metaphors and Meanings of Society" *Body & Society* 9: 1: 1-10 .
- Young, Allen (1981) *Gays Under the Cuban Revolution*. San Francisco: Grey Fox Press.